

¡DAME UN
AURÉLIE VALOGNES
RESPIRO!

Traducción:
ROSA ALAPONT



MAEVA

¡Y feliz año, por supuesto!

Rose detestaba las cenas de Nochevieja. Sobre todo cuando las pasaba sola. Para levantar el ánimo, al final de la famosa cuenta atrás de medianoche, cargada de promesas, echó mano del móvil, con la esperanza de encontrar un mensaje de texto de su hijo. Nada. Se dirigió a la ventana, desde donde le habría gustado divisar su silueta a lo lejos. Sin embargo, no tenía a nadie a la vista, solo el gato negro de la vecina, que eligió justo aquel momento para cruzar.

¡Lo que faltaba!

Para conjurar el mal de ojo, agarró la revista de la tele, con el fin de consultar su horóscopo: lo menos que cabía decir era que el próximo año ¡Júpiter la hundía en la miseria! Para las Virgo, las previsiones eran menos entusiásticas que las de años anteriores: era el año del cambio, pero en amor, *niet! Nothing!* Una vez más.

A este paso, ¡más me valdría meterme monja!

A la hora de los buenos propósitos, cuando se desentierra el 1 de enero para volver a enterrarlo casi de inmediato, Rose acababa de tomar una decisión importante mientras bajaba a la basura los cadáveres de platos precocinados de sus últimas cenas. Se daba doce meses para recuperar las riendas de su vida. Familia, dinero, amor y trabajo: todo iría mejor. Bastaba con poner buena voluntad.

Propósito n.º 1: Ser positiva y no volver a creer en presagios, buenos o malos

Como mucha gente nacida bajo el signo de Virgo, Rose era una persona que vivía angustiada, que imaginaba siempre lo peor; el tipo de persona que para las vacaciones prevé un botiquín mayor que la maleta, con el fin de paliar cualquier catástrofe, que forzosamente acabaría por ocurrirle: quemadura, medusa, piojos, tortícolis, conjuntivitis, esguince, picadura de avispa... Coleccionaba comprimidos para todos los males posibles: dolor de cabeza, de garganta, de espalda, de vientre, de regla y problemas de tránsito intestinal. Si sufría la menor insolación, obviamente pensaba: ¡Ya decía yo que algo acabaría pasando! ¡Siempre tiene que tocarme a mí!

La joven, que tenía escasa confianza en su propio criterio, dejaba la mayoría de sus grandes decisiones en manos del azar. Lamentablemente, cuando tiraba a cara o cruz, siempre elegía el lado malo.

Propósito n.º 2: Autoafirmación

Siempre se mostraba demasiado discreta y acababan por olvidarla. En lo sucesivo debía evitar de una vez por todas que le impusieran decisiones que no eran las suyas, aunque tuviera que violentarse y decir –por fin– lo que tenía en mente. Su hijo no volvería a dictarle su ley, creyéndose el único adulto de la casa; su hermana mayor tendría que dejar de apoyarse solamente en ella para volver al buen camino; su jefe dejaría de considerarla a su entera disposición.

Tendría que empezar a remontar la pendiente, y eso que se le hacía cuesta arriba.

Propósito n.º 3: Acostarme pronto

Debido a su trabajo, Rose se levantaba invariablemente a las 5:30, pero no conseguía irse a la cama antes de pasada la

medianoche. Como resultado, el cansancio se le leía en el rostro, lo que no era seductor precisamente. Tenía que cuidarse, y para ello debía empezar por llevar unas costumbres más saludables.

Arrebujada en la cama, Rose no lograba soltar el móvil: seguía esperando un SMS de su hijo. Aparte de su hermana, postrada en la cama con gripe y que se había visto obligada a anular la cena, nadie le había deseado feliz año nuevo.

Se está pasando tres pueblos.

Su hijo, Baptiste, tenía permiso excepcional para volver tarde, pero podría haberle enviado un mensaje, al menos para tranquilizarla. Rose era consciente de que ya no ocupaba el primer lugar en su corazón, y desde hacía tiempo, además. Tanto daba. ¡El año próximo se acabaría la angustia! ¡Y la soledad! ¡Y el insomnio!

¡¡¡Las 3:45!!! ¿Ya?

2

Como una pasa

A la semana siguiente, tras una interminable jornada de trabajo, Rose regresaba en uno de los últimos trenes de cercanías de la línea A, en dirección a la estación de Noisy-le-Grand. Empapada y agotada pero contenta de estar llegando a casa.

Con su empleo de niñera en París, a menudo se veía obligada a trabajar largas jornadas, que podían empezar a las siete y media de la mañana y no acabar hasta las nueve y media de la noche. En ocasiones su odisea entre metro y tren se prolongaba, como esa noche, en la que el maldito accidente de un viajero acababa de complicar la cosa.

¡¿No podía haber elegido otro momento?! Ay, perdón, lo que acabo de decir es horrible... Me corrijo. ¡Pooobree!

Entre la estación del tren y su edificio, las calles se hallaban desiertas. Tan solo un trabajador nocturno que ya empezaba a descolgar los adornos de Navidad. Únicamente se había cruzado con abetos abandonados en la acera, a los que no había tenido el valor de confesar el destino que les esperaba. Ya le estaban arrebatando los únicos regocijos que una vez al año animaban su trayecto por la noche y por la mañana, mientras que, sin la menor duda, como todos los años, las radios le torturarían los oídos hasta febrero, con las alegres canciones de George Michael y de Mariah Carey, que hacían que le entraran ganas de estrangular al primero que se cruzase en su camino.

¡Positividad, no lo olvides!

Estaba decidido: ese fin de semana iría al cine con su hijo.

Concederse un pequeño placer de vez en cuando no podía hacer ningún daño a su cuenta bancaria.

Podrían ver la última de Tarantino. Baptiste llevaba semanas hablándole de ella y, según el cartel que había visto en el metro, la película acababa de estrenarse.

La puerta del piso estaba cerrada con doble vuelta de llave. No era habitual que su hijo se encerrase dentro. Rose entró en el pequeño apartamento de dos habitaciones y se dirigió de inmediato a la de Baptiste. Vacía. En el salón no había ninguna nota. Y eran más de las once de la noche... Solo su bol del desayuno seguía reinando en la mesita de centro, junto a la revista abierta por la página del horóscopo. También su hijo debía de haber comprobado lo que los astros le tenían reservado. Leyó las escasas líneas que le concernían: para las Virgo iba a ser una excelente semana. No había reparado en ello.

Guardó el dinero de las horas extra en la caja secreta, escondida entre sus calcetines. Como siempre, lo reservaba para las vacaciones de verano. Ese año tenía prevista una bonita sorpresa: unos días en Londres con Baptiste. Se lo merecía. Se había aplicado en sus estudios de hostelería, se había mostrado profesional, maduro, y estaba casi seguro de que lo contratarían después de las prácticas. Se sentía orgullosa de él, y también de sí misma: aquel éxito era en parte un poco suyo. Había sabido darle una buena educación, severa pero justa. Al contrario que muchos de sus compañeros de clase, Baptiste no se había descarriado. Un buen chico, algo rebelde a veces, ciertamente, pero tampoco era raro a su edad.

Veinte minutos más tarde seguía sin aparecer. Rose refunfuñó. Oír su propia voz recalcando explicaciones probables para la ausencia de su hijo la tranquilizaba.

No pasa nada. Está bien. Se ha olvidado de avisar, son cosas que ocurren. Ahora que es mayor de edad, ¡cree que puede hacer lo que le dé la gana!

Agarró el móvil. Ninguna respuesta a su último mensaje de texto. Llamó y de inmediato saltó el contestador. Las once y media.

Pero ¿dónde podía estar a semejante hora?

A veces acababa las clases de hostelería pasadas las nueve de la noche, pero siempre la avisaba. Si le había ocurrido algo, jamás lo superaría. Él era toda su vida.

¿Por qué no ha dicho nada? A menos que se haya quedado sin batería...

Buscó frenéticamente en su lista de contactos los números de teléfono de los amigos de Baptiste. Freddy, Thierry, Willy. Y... Jessica.

¡Ella otra vez, me apuesto lo que quieras!

En el fondo, Rose esperaba que no estuviera con *ella*. Desde que la frecuentaba, Baptiste había cambiado mucho. Y no para mejor. Cada vez salía más el fin de semana, prefería pasar todo el tiempo con Jessica en lugar de repasar. No se quitaba su nombre de la boca ni cuando estaba en casa.

Con su madre las cosas estaban tensas, discutían constantemente. Antes de eso jamás se había mostrado insolente. Ahora bien, Baptiste estaba avisado: ni siquiera con 18 años podía pasar toda la noche en casa de su novia. No mientras viviera bajo su techo. Rose solo esperaba una cosa, que su hijo pasara a la siguiente. ¡Aquella «nuera» no le entraba!

La joven madre soltera seguía echando chispas. El hambre había dado paso a la angustia. No pensaba cenar. Recogió el bol que su hijo había dejado tirado y lo fregó energicamente. Los cereales se habían pegado a las paredes y tuvo que frotar más de lo necesario. El recipiente acusaba su preocupación. Estuvo a punto de rajarse cuando lo depositó en el estante de la cocina. Maquinalmente, puso la mesa para su propio desayuno: un bol y, al lado, una cuchara sopera y una

naranja. Al levantarse por la mañana, tan temprano, le gustaba tener la sensación de que alguien había pensado en ella.

A la espera de que su coinquilino reapareciese, Rose se refugió en la cama. Agarró el peluche que ocupaba el lugar de honor entre las almohadas. Un conejito que Baptiste le había regalado diez años atrás para el Día de la Madre. En el vientre de Conejín estaba bordado «Para mi querida mamá, a la que tanto quiero». Un poco irónico viniendo de alguien que nunca la había llamado «mamá». Ni siquiera podía reprochárselo, era culpa suya.

A veces, en calidad de progenitor, uno improvisa (a menudo, de hecho), y olvida que una acción irreflexiva, tomada en un instante, puede tener consecuencias permanentes.

Rose recordaba perfectamente aquel día. En sus comienzos como niñera, cuando cuidaba de su hijo además de otros niños (cosa que en la actualidad ya no se permite), le había pedido que no la llamara «mamá» delante de sus amiguitos para no dar la impresión de que era un privilegiado.

Una decisión tomada al vuelo para una sentencia ineludible: nadie había vuelto a llamarla nunca «mamá». Excepto aquel conejo, que mantenía a su lado para momentos difíciles, cuando estaba harta de fingir que era la más fuerte. Un peluche para compartir su soledad. Un muñeco favorito para la mamá soltera.

Rose estaba en el cuarto de baño, desmaquillándose, cuando oyó el ruido de la llave en la cerradura. ¡Baptiste! Aunque la angustia hubiera dado paso al alivio, no pudo por menos que soltar con voz aguda:

—¿Se puede saber dónde estabas? ¡Hace tres horas que deberías haber vuelto a casa!

—Hola. Estaba en casa de Jessica.

—Dijimos que entre semana no. Mañana empiezas a las ocho y una vez más me dirás que estás demasiado cansado para ir a clase.

–Que no, mujer, no estaré cansado.

–¿Por qué no me has avisado? ¡Estaba muerta de preocupación!

–¡Ya vale! No tienes por qué hacer un drama. ¡Sencillamente, me quedé sin batería!

–¿Y Jessica no tiene teléfono?

–Déjalo ya. Tengo demasiada hambre. No nos ha dado tiempo a cenar. ¿Hay algo en la nevera?

–Puedo prepararte algo si quieres...

–Mientras me lo pienso, ¿puedes darme algo de dinero para la comida de mañana? Ya no me queda nada.

Rose suspiró. De nuevo tuvo la desagradable sensación de haberse convertido en un verdadero cajero automático. Vaciló: la disyuntiva era empezar una enésima pelea con su hijo al respecto o ceder y aprovechar un poco los escasos minutos juntos. Los únicos de aquel día.

Le tendió cinco euros.

–Gracias... ¿Puedes darme un poco más? Me gustaría mucho llevar a Jessica al cine este fin de semana a ver la última de Tarantino.

¿Y qué más? ¿No quieres un billete de cien y una chocolatina, ya puestos?

–¿No crees que te pasas un poco? ¿Qué haces con el dinero de tus prácticas? ¡Responsabilízate un poco, Baptiste!

–A ver si nos aclaramos: ¿soy demasiado mayor para pedirte la paga semanal o demasiado joven para dormir en casa de mi novia?

–Pues sí, ¡la vida es injusta! Además, este fin de semana me apetecía pasar algo de tiempo contigo. Ya casi no nos vemos.

–A propósito, Rose, tengo algo que decirte.

–No me gusta nada cuando pones esa voz. Me estás asustando, Baptiste.

–Siéntate, por favor.

–Te lo advierto, ni hablar de abandonar los estudios. ¡Esta vez irás hasta el final!

–No, no te preocupes, no es eso...

–Entonces, ¿qué? ¿Qué es lo que pasa?

–Jessica y yo hemos decidido vivir juntos, voy a instalarme en su casa.

3

¡La vida es una dura lucha!

Rose se había desmayado. Por segunda vez en menos de veinticuatro horas. Estaba sentada en el sofá de sus empleadores y había empezado a ver doble. Sus pensamientos eran confusos.

Recordaba no haber pegado ojo en toda la noche tras la dura noticia que le había soltado su hijo la víspera.

Había dado vueltas y más vueltas en la cama, tratando de comprender. Se había torturado la mente hasta ver despuntar el amanecer a través de la ventana de su habitación. Ingenuamente, Rose había creído que los conflictos con Baptiste acabarían por llegar a su fin. Al igual que su obsesión por la maldita Jessica. Tenía la impresión de haber pasado algo por alto. ¿Tal vez había sido demasiado dura con él los últimos tiempos? ¿No le había prestado la suficiente atención? ¿Qué clase de madre pone en fuga a su hijo? De nuevo recuperaba su peor defecto: culpabilizarse.

Luego volvía a verse en el primer tren de la mañana, intentando encajar la noticia, entre los trabajadores del turno de noche que volvían a casa para acostarse. Ella se dirigía a casa de los padres del pequeño León para relevar a la madre, que se iba muy temprano a trabajar.

Recordaba haber aceptado el ofrecimiento –nada habitual– de tomarse un café con la mujer. De hecho, le había sorprendido. Aunque mantenía relaciones muy cordiales con su patrona, esta no era de las que preguntaban cómo le iban

las cosas. No había nada personal en su relación. Solo se cruzaban de prisa y corriendo, y su conversación se reducía a comentar las deposiciones de Léon, su resistencia a probar la verdura o los dientes que empezaban a salirle. En un primer momento, Rose se dijo que, por una vez, la mamá del pequeño Léon le había prestado atención, que había percibido su trastorno interior y había decidido que era el momento de tener una charla de mujer a mujer, de madre a madre. Un simple intercambio humano y benevolente que iría más allá de la relación entre jefa y empleada.

Rose, un tanto turbada por aquella circunstancia nada habitual, había confesado su intenso apego al precioso bebé de un año, que se había convertido en el sol de sus días, sobre todo en los últimos tiempos... ¡Y de repente todo le volvió! Como una bofetada.

Esto es una pesadilla. No es posible. Mi tesoro no. No después del terrible año que acabo de pasar. ¿Por qué me abandonan todos? Primero papá, luego Baptiste y ahora Léon.

—Rose, ¿va todo bien? Le decía que se trata de una increíble oportunidad para nosotros. Mi marido se irá el mes que viene. Léon y yo nos reuniremos con él dentro de unas semanas. Lo justo para sacar el pasaporte al pequeño y acabar de embalarlo todo. ¡Cuántos cambios! Estamos muy emocionados. Lo hemos decidido a toda prisa...

¡Sí, claro! ¡Como si abandonarlo todo para largarse al otro extremo del mundo con un bebé pudiera improvisarse!

—Por supuesto, la vamos a echar muchísimo de menos, sobre todo Léon. Ya he redactado su carta de recomendación. En el barrio, una perla como usted no tendrá ningún problema en encontrar una nueva familia. ¡Estoy convencida!

Sí, encontrar empleo es un juego de niños, tres millones y medio de parados pueden confirmarlo.

—Me alegro por ustedes, aunque me pone un poco triste dejar a Léon. Es muy amable lo de la carta. De hecho, si

conoce a alguien que pueda estar interesado en mis servicios, le ruego que le dé mi número. También hago limpieza por horas en fines de semana. Si se entera de cualquier cosa, estoy dispuesta.

–Vale, tendré los oídos bien abiertos. Bueno, me largo, Rose. Nos vemos esta noche. Una vez más, volveré tarde. ¡Es una semana terrible y no se acaba nunca!

¡A mí me lo vas a decir!

¡Me importa un rábano!

En la penumbra del cuarto de Léon, Rose recogió el librito tirado por el suelo. *La Cenicienta*. Los ronquidos del chiquillo eran regulares y profundos. No despertaría en un buen rato.

Mientras colocaba en su sitio el volumen, se detuvo en las líneas finales: «Se casaron, vivieron felices y tuvieron muchos hijos». Hasta aquel cuento le prometía que todo acabaría bien. Bien es cierto que entre el «Érase una vez» y aquella última frase Cenicienta había pasado por muchas adversidades. Algunas coincidían con las suyas. Perder a su madre muy joven, ocuparse sola de la casa, limpiar, cuidar de los demás. Solo le faltaba el hada buena.

¡Me pregunto dónde se habrá metido esa tipa!

No por eso Rose iba a ceder a la tentación de quejarse, tenía la suerte de contar con Lili. Una hermana mayor estu-
penda, una verdadera amiga. Su única amiga, en realidad. Se llamaban casi todos los días para hablar de nimiedades. Y reservaban los viernes por la noche para verse, las dos solas. Su pequeña porción de felicidad familiar. Se empeñaban en mantener el ritual desde la desaparición de su padre. Lili era la única familia que le quedaba.

¡Como dos cotorras inseparables!

Al principio Rose no había reaccionado mal cuando su hermana le comunicó la «noticia»: a finales de año Lili iba a mudarse a la otra punta de Francia. La habían ascendido en el bufete de abogados para hacerse cargo de la sucursal

marsellesa. Era la recompensa tras años de esfuerzos y sacrificios. Su hermana se había entregado en cuerpo y alma a su trabajo y por fin cosechaba los frutos. Lo habían festejado juntas, y era reconfortante tener por fin algo que celebrar después de los duros momentos por los que habían pasado.

No obstante, finalmente Rose había tomado conciencia de que su hermana iba a marcharse lejos. Lo cual no había ocurrido jamás. Ahora que todo se derrumbaba a su alrededor, veía claro que sin Lili a su lado se sentía incapaz de afrontar la vida. Iba a tener que aprender a vivir sin su compinche.

Le vino a la cabeza una frase de su padre: «No hay que poner todos los huevos en el mismo cesto».

Rose no tenía amigos y rara vez se hallaba rodeada de adultos. No veía muy profesional el hecho de parlotear en el parque con las demás niñeras del barrio, ni pararse a tomar un café, aunque el chiquitín estuviera durmiendo en el cochecito. Siempre anteponía a los niños a todo lo demás. Incluso a su felicidad o sus propios deseos.

Besó al pequeño durmiente en la cabecita y salió sigilosa de la habitación. Acababa de sentarse en el sofá, cuando de pronto su móvil empezó a vibrar. Lili.

Hablando del rey de Roma...

La niñera, que nunca contestaba a las llamadas personales durante sus horas de trabajo, se lo pensó mejor al recordar que sin duda su hermana la telefoneaba en respuesta a su SMS de la mañana sobre Baptiste y el pequeño Léon. Como siempre, la charla arrancó con pasión, sin preámbulos, como si prosiguieran una conversación iniciada pocos minutos antes:

—¡Algún día tenía que pasar! ¡Ya no es un bebé!

—No me vengas con esas, Lili, no es en absoluto lo que necesito oír. Tienes que hablar con él. Ya te dije que esa chica era una mala influencia.

—Tu Baptiste ya es todo un hombre. ¡Tiene dieciocho años, por Dios! ¡No puedes seguir sobreprotegiéndolo así! Además, no dramatices tanto. Quizá solo necesite un poco de independencia...

—¡Pero si es independiente! ¡Seguro que hasta le hacen un contrato indefinido después de las prácticas!

—¡Sabes muy bien que no es esa la cuestión! A sus dieciocho años ¡ni siquiera puede dormir fuera de casa! ¡Necesita espacio!

—¡Ahora me dirás que lo estoy asfixiando!

—Tampoco he dicho eso... Anda, no te preocupes tanto. Después de todo no está tan mal que lo dejes instalarse en casa de su Jessica; tal vez sea la mejor manera de conseguir que vuelva...

—¿A qué te refieres?

—¡Pues a que tiene dieciocho años, te digo! Al cabo de un mes juntos las veinticuatro horas del día, ella no lo soportará y Baptiste volverá con el rabo entre las piernas a casa de mamá, ¡y si no, al tiempo!

—¿Un mes? ¡Eso es mucho! ¡No aguantaré tanto!

5

La guinda del pastel

Las canciones de George Michael y de Mariah Carey acabaron por saturar las emisoras de radio hacia finales de febrero.

Baptiste se había ido. Fue la mudanza más discreta de todos los tiempos. Día tras día, mientras Rose estaba en el trabajo, transportaba su ropa en una bolsa de deporte que se llevaba llena por la mañana y traía vacía por la tarde. Había decidido llevarse solo lo necesario para instalarse en casa de Jessica. No quería cargar con reliquias o con recuerdos del colegio. En lo sucesivo, estaba decidido a construir su vida de hombre.

A lo largo de todo ese período, Rose no se atrevió a abordar el asunto. Huía de los conflictos. Solo hablaban de trivialidades, de sus horarios, de la lluvia y del buen tiempo. Se daba perfecta cuenta de que Baptiste estaba nervioso. Evitaba cenar al mismo tiempo que ella para no tener que afrontar las falsas cortesías que ambos intercambiaban desde hacía varios días.

Todo había sido tan sutil, tan progresivo que Rose incluso acariciaba en secreto la esperanza de que hubiera cambiado de idea.

Después de todo, a esa edad uno lo que busca es provocar. Tal vez aquello no fuese sino una manera de decir a su madre que quería ser libre, pero no pensaba abandonarla definitivamente. ¿Y si Baptiste se estaba marcando un farol?

Si tal era el caso, su hijo sería un jugador de póquer extraordinario.

Esa noche, cuando Rose volvió, reinaba un extraño silencio.

Se decidió a empujar la puerta del dormitorio de su hijo, aunque llevara meses sin tener acceso a ese cuarto. Baptiste ya no soportaba las intrusiones en su intimidad, ni siquiera para hacer la limpieza. Y Rose se había resignado a ello. Así pues, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se atrevió a entrar en la habitación. Estaba vacía.